

«Donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo» —Mt 18, 20

Las lecturas de este domingo forman una unidad articulada en torno a dos ejes que se complementan: la responsabilidad de cada creyente por la suerte de su hermano, y la presencia de Jesús Resucitado como fundamento y fuerza de toda comunidad que se reúne en su nombre. La tensión entre la exigencia de la corrección fraterna y la promesa del «allí estoy yo» recorre todo el texto. Las lecturas se articulan en cuatro movimientos:

- **Ez 33, 7-9** → Paradigma profético: el centinela que no avisa cuando ve peligro se hace corresponsable del mal que ocurre. Dios pide al profeta que hable a tiempo porque quiere la salvación de todos, incluso de los que se descarrían. La corresponsabilidad como exigencia vocacional.
- **Sal 94** → Eco orante: «Ojalá escuchéis hoy la voz del Señor, no endurezcáis el corazón». La llamada a la apertura y la escucha como actitud fundamental de la comunidad creyente. El recuerdo del desierto como advertencia.
- **Rom 13, 8-10** → Fundamento teológico: el amor al prójimo es una deuda permanente que nunca se termina de pagar y que resume toda la ley. El amor no es generosidad opcional sino obligación de justicia. Marco que da sentido a la corrección fraterna: solo quien ama tiene derecho y deber de corregir.
- **Mt 18, 15-20** → Cumplimiento narrativo: la pedagogía de la corrección fraterna en tres pasos → la corresponsabilidad de toda la comunidad → la promesa del «atar y desatar» → la garantía de la oración en sinfonía → la presencia de Jesús «donde dos o tres se reúnan en su nombre».

El hilo conductor es la comunidad como lugar de la presencia del Resucitado: una comunidad que se cuida mutuamente, que no abandona al que se descarría, que corrige desde el amor y no desde el juicio, y que descubre que Jesús está presente precisamente allí donde dos o tres se reúnen en su nombre.

CONCEPTOS TEOLÓGICOS

1. La corresponsabilidad fraterna: «¿Soy yo acaso el guardián de mi hermano?» (Ezequiel). La figura del centinela en Ezequiel responde con un rotundo «sí» a la pregunta de Caín. Somos guardianes de nuestros hermanos. No en el sentido del control invasivo o la vigilancia policial, sino en el sentido del cuidado amoroso: quien ve a su hermano en peligro y calla se hace corresponsable del mal que ocurre. Esta corresponsabilidad no anula la libertad y responsabilidad de cada persona — «él morirá por su culpa» — pero añade una dimensión comunitaria a la vida moral: nadie es una isla, la suerte del hermano nos interpela.

2. El amor como deuda permanente (Romanos 13). Pablo afirma algo que subvierte la lógica habitual: el amor al prójimo no es un acto generoso y ocasional de quien se siente bien dispuesto. Es una deuda — «a nadie le debáis nada, más que amor» — que nunca se termina de pagar. Esto tiene una consecuencia práctica importante: cuando ayudamos, perdonamos o corregimos al hermano, no hacemos nada extraordinario — simplemente pagamos lo que debemos. «Somos siervos inútiles: hemos hecho lo que teníamos que hacer». El amor como obligación de justicia, no como mérito espiritual.

3. La pedagogía de la corrección fraterna: tres pasos. Jesús no improvisa la corrección: propone una pedagogía gradual y respetuosa de la libertad del otro. Primero, el diálogo personal y privado — reservado, sin testigos, sin humillación pública. Segundo, si no funciona, la presencia de uno o dos testigos — para dar seriedad al asunto y proteger al corrector de acusaciones injustas. Tercero, solo en casos extremos, el recurso a la comunidad — y aun entonces, el objetivo no es el castigo sino la recuperación. En ningún momento se habla de condenar: el fin es siempre «ganar al hermano», «salvar al hermano».

4. Solo quien ama tiene derecho a corregir. una condición esencial que el texto evangélico da por supuesta: la corrección fraterna solo es cristiana cuando nace del amor, se hace desde la humildad y tiene como único objetivo el bien del otro. Hay que corregir «con espíritu de mansedumbre» (Ga 6,1). No desde la superioridad moral, no con agresividad o deseo de venganza, no construyéndose en fiscal de la humanidad. La corrección que humilla, expone o condena no es la corrección de Jesús — que perdonó a Pedro y acompañó a los discípulos de Emaús antes de reprenderlos.

5. La comunidad que «ata y desata»: corresponsabilidad eclesial. Mateo extiende a toda la comunidad lo que antes había dicho solo a Pedro: «lo que atéis en la tierra quedará atado en el cielo». Todos los miembros de la comunidad tienen responsabilidad en su marcha, no solo la jerarquía. La oración «en sinfonía» — en acuerdo, en armonía — tiene una fuerza especial ante el Padre. La Iglesia no es una suma de individuos que buscan su salvación personal: es una comunidad

corresponsable donde cada uno lleva la carga del otro y donde las decisiones importantes se toman juntos, en el nombre de Jesús.

6. «Donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo». Esta promesa de Jesús es, según los textos complementarios, «el texto eclesiológico más fundamental» del evangelio de Mateo. No hace falta el templo, no hace falta la jerarquía, no hace falta la multitud. Donde dos o tres se reúnen atraídos por Jesús, animados por su Espíritu, escuchando su Evangelio — allí está Él, el Resucitado. Esta promesa es el fundamento de toda renovación eclesial: antes que los decretos, las reformas o los programas pastorales, lo decisivo es que las pequeñas comunidades se reúnan verdaderamente en su nombre, no por costumbre, inercia o obligación religiosa.

Interpelación eclesial: ¿Qué hacemos por una Iglesia más fiel a Jesús? ¿Nos reunimos en su nombre o por costumbre? ¿Ejercemos la corrección fraterna o el individualismo nos hace mirar para otro lado? ¿Sabemos corregir desde el amor o somos fiscales de los demás? La crisis de la reunión dominical como síntoma de un problema más profundo.

En una sociedad de individuos que no se meten en los asuntos de los demás, Jesús propone algo radicalmente diferente: una comunidad donde nadie es indiferente a la suerte del hermano. No para controlar, juzgar ni condenar — sino para cuidar. La corrección fraterna es una forma de amor: la más difícil, la más necesaria, la más olvidada. Y en el centro de esa comunidad que se cuida mutuamente está la promesa que lo cambia todo: «donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo». No hacen falta grandes números ni grandes estructuras. Hace falta que nos reunamos de verdad en su nombre.

A nivel personal: ¿cuándo fue la última vez que alguien me ayudó a ver algo que yo no podía ver por estar demasiado cerca? ¿Y cuándo fue la última vez que yo, desde el amor y la humildad, me acerqué a alguien que estaba tomando un camino equivocado? El individualismo nos ha convencido de que meterse en la vida del otro es una falta de respeto. Jesús nos dice que abandonar al hermano que se descarría es pecado de omisión.

A nivel comunitario: ¿nuestra comunidad es un espacio donde la gente se cuida mutuamente, se corrige con amor, se acompaña en las crisis? ¿O es un conjunto de individuos que se juntan el domingo y viven el resto de la semana sin ninguna responsabilidad mutua? El «atar y desatar» que Jesús da a la comunidad supone una corresponsabilidad real, no nominal.

A nivel eclesial: los textos complementarios hacen una pregunta que incomoda pero es necesaria: ¿nos reunimos en el nombre de Jesús o por costumbre, inercia y obligación? La crisis de la reunión dominical no es solo un problema de horarios o lenguaje litúrgico — es un síntoma de que en muchos lugares la comunidad ya no se reúne verdaderamente «en su nombre». La renovación no vendrá de las reformas institucionales sino de que dos o tres decidan reunirse de verdad en torno a Jesús.

Hace muchos siglos, Dios le dijo a Ezequiel algo que todavía hoy nos interpela: «Te he constituido centinela para la casa de Israel. Cuando oigas una palabra de mi boca, les advertirás de mi parte». Y luego añadió lo que nos incomoda: si el centinela ve el peligro y no avisa, y el mal ocurre, «te pediré cuenta de su sangre».

Era la respuesta de Dios a la pregunta más antigua de la humanidad — la misma que hizo Caín después de matar a su hermano: «¿Soy yo acaso el guardián de mi hermano?» Y la respuesta de Dios es: sí. Somos guardianes de nuestros hermanos. No carceleros, no jueces, no fiscales — sino guardianes: los que cuidan, los que avisan cuando hay peligro, los que no pueden mirar para otro lado cuando ven a alguien que se descarría.

Pablo, desde Romanos, añade la motivación que hace posible ese cuidado: el amor al prójimo no es una generosidad ocasional sino una deuda permanente. «A nadie le debáis nada, más que amor». El amor se lo debemos al hermano — y si lo ayudamos, lo corregimos, lo perdonamos, no hacemos nada extraordinario: simplemente pagamos lo que debemos. Esta es la lógica del Evangelio: el bien que hacemos a los demás no es mérito sino justicia.

Y entonces Jesús, en el capítulo 18 de Mateo — el «discurso comunitario» — da a sus discípulos una pedagogía concreta para cuidarse mutuamente:

«Si tu hermano peca, repréndelo a solas, entre los dos. Si te hace caso, has ganado a tu hermano».

Primer paso: la conversación privada. Sin testigos, sin humillación, sin exposición pública. Solo dos personas que se quieren de verdad. Si funciona — y muchas veces funciona — ahí termina todo: «has ganado a tu hermano». Qué hermosa manera de describir la corrección fraterna exitosa: no has ganado una discusión, no has demostrado que tenías razón. Has ganado a una persona.

Si no funciona, Jesús propone un segundo paso con uno o dos testigos — para dar seriedad al asunto y proteger a ambas partes. Y solo en casos extremos, el tercer paso: la comunidad. Siempre con el mismo objetivo: no castigar sino recuperar. No excluir sino salvar.

Y luego viene la promesa que da sentido a todo. Jesús habla de la oración en sinfonía — cuando dos se ponen de acuerdo para pedir algo, el Padre lo concederá. Y luego dice las palabras que son, quizá, las más importantes de todo el evangelio de Mateo:

«Donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos».

No hace falta el templo. No hacen falta miles de personas. No hace falta la presencia de la jerarquía. Donde dos o tres se reúnen atraídos por Él, escuchando su Evangelio, animados por su Espíritu — allí está Él. El Resucitado. En persona.

Esta promesa es el corazón de todo. La comunidad cristiana no es una organización religiosa ni un club de personas con ideas similares. Es el lugar donde el Resucitado se hace presente entre los suyos. Por eso cuando la comunidad se cuida mutuamente, cuando corrige desde el amor y no desde el juicio, cuando perdona y acompaña — no es solo una práctica humana de buena convivencia. Es la presencia de Jesús que actúa a través de quienes se reúnen en su nombre.

La pregunta que queda suspendida sobre cada uno de nosotros y sobre cada comunidad es sencilla y exigente: ¿nos reunimos verdaderamente en su nombre? ¿O nos juntamos por costumbre, por inercia, por obligación religiosa — con Jesús como decorado, no como centro? Porque la promesa es real. Pero la condición también lo es: «reunidos en mi nombre». No en el nombre de nuestras tradiciones, nuestros intereses o nuestras comodidades. En su nombre.

Ahora ... qué haremos?

1 Recuperar la corresponsabilidad fraterna contra el individualismo

La sociedad actual ha convertido el «no meterse en los asuntos de los demás» en un valor. Jesús propone lo contrario: somos guardianes de nuestros hermanos. Proponer en la comunidad una cultura de cuidado mutuo real: visitas a los que se alejan, acompañamiento a los que atraviesan crisis, atención a los que pasan necesidad espiritual o material. La indiferencia ante la suerte del hermano es pecado de omisión, no respeto a su libertad.

2 Aprender la pedagogía de la corrección: privada, humilde, desde el amor

La corrección fraterna es el aspecto del amor más difícil y más olvidado. Proponer en la formación comunitaria el aprendizaje de sus condiciones: solo quien ama tiene derecho a corregir; la corrección comienza siempre en privado; se hace desde la humildad de quien reconoce su propia debilidad; su único objetivo es ganar al hermano, no ganar la discusión. Revisar también el estilo con que los responsables comunitarios ejercen la corrección: ¿desde la mansedumbre o desde el poder?

3 Reconocer y combatir los pecados de omisión

El texto de Ezequiel introduce una categoría moral frecuentemente olvidada: el pecado de quien debería hablar y calla, de quien debería actuar y se desentiende. Proponer en la catequesis y la predicación el redescubrimiento del examen de conciencia sobre las omisiones: ¿a quién he abandonado cuando debería haberlo acompañado? ¿Qué he callado por comodidad que debería haber dicho con amor?

4

Revisar la calidad de nuestra reunión dominical: ¿nos reunimos en su nombre?

La pregunta de los textos complementarios es directa e incómoda: ¿nos reunimos en el nombre de Jesús o por costumbre? La crisis de la reunión dominical no se resuelve solo con mejoras litúrgicas o comunicativas. Se resuelve cuando la comunidad vuelve a reunirse verdaderamente atraída por Jesús — escuchando su Evangelio, alimentada por su presencia eucarística, enviada a vivir su estilo. Proponer en la comunidad una revisión honesta del clima de la celebración dominical.

5

Apostar por la pequeña comunidad como lugar de la presencia de Jesús

«Donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo». La renovación de la Iglesia no vendrá de las grandes estructuras sino de las pequeñas comunidades que se reúnen verdaderamente en su nombre. Proponer y acompañar la formación de grupos pequeños de seguimiento del Evangelio en la parroquia: grupos de lectio divina, grupos de revisión de vida, grupos de oración compartida. Dos o tres personas que se reúnen de verdad en su nombre son Iglesia.

6

Vivir el amor como deuda, no como mérito: la gratuidad del servicio fraterno

Pablo afirma que el amor al prójimo es una deuda permanente. Esto libera de la trampa del mérito espiritual — «he hecho tanto por los demás» — y de la lógica de la generosidad ocasional. Proponer en la comunidad una espiritualidad del servicio fraterno que nazca de la conciencia de que todo lo que damos al hermano es simplemente lo que le debemos, y que cuando servimos a los más pequeños estamos sirviendo al mismo Jesús presente en ellos.